

Del libro: La Misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana, Walter Kasper, Ed. Sal Terrae, 2015.

En estos momentos ante la realidad de la epidemia del Covid19 , nos puede ayudar este texto para una actualizada visión desde la fe cristiana. Ofrecemos el resumen de las páginas 125 - 132.

Una serie de argumentos presentados en catequesis y reflexiones tradicionales en la Iglesia no resisten la crítica ilustrada del pensamiento moderno. El autor del texto nos presenta el verdadero camino de la fe y la esperanza.

“La misericordia de Dios choca con la experiencia de las duras realidades del mundo, y con la experiencia a menudo trágica, del sufrimiento inmerecido del mundo. No se debe pensar únicamente en los horrores debidos al ser humano: guerras, actos de violencia, genocidios, clamorosas injusticias, torturas, enemistades y crueldades tanto físicas como psicológicas. Hay que mencionar también el mal no causado por los hombres: por ejemplo, devastadores terremotos y tsunamis, sequías e inundaciones, epidemias como la peste el cólera, el sida, graves discapacidades de nacimiento, enfermedades y trastornos psíquicos, accidentes trágicos, la pérdida de seres queridos. ¿Cómo puede permitir Dios todo este sufrimiento? ¿En qué medida es compatible esta historia de sufrimiento con la misericordia de Dios? ¿Y con su omnipotencia?

Ya en las culturas antiguas, en China, India, Irán, Babilonia, Egipto e Israel, el mal y el sufrimiento se convierten en cuestiones críticas de la religión. O Dios es bueno, pero no omnipotente y entonces no puede evitar el mal o no es bueno y aunque podría evitar el mal, no quiere hacerlo, por lo que actúa como un ser maligno. Desde las religiones siempre se han realizado intentos de justificar a Dios a la vista del sufrimiento y el mal existentes en el mundo con distintos argumentos.

En la Biblia, más que argumentos teóricos a favor de la misericordia de Dios, encontramos experiencias de fe en Dios, en medio de situaciones difíciles y humanamente sin salida. Ya, en el libro de Job, el propio Dios no da la razón a los amigos de Job que quieren explicarlo todo y penetrar en el sentido de la acción divina sino al quejoso Job. Así nos muestra que la queja ante Dios e incluso la disputa con Dios ocupan un lugar legítimo en el hablar de Dios y con Dios. La Biblia conoce un gran número de quejas y lamentaciones, como en los mismos salmos, donde la persona creyente expresa su gran aflicción al sentirse como abandonada por Dios y reflejan una gran conmoción existencial. Pero nunca terminan en desesperación, sino que al final se transforman más bien en cantos de alabanza y agradecimiento.

Jesús se encuadra en esta tradición. En la cruz también experimentó el abandono de Dios y clamó con el salmo 22: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Su grito no expresa solo desesperación, sino también como el mismo salmo entero, confianza y esperanza incluso en medio de esta situación

extrema. En este sentido se mueve Lucas que pone en labios de Jesús las palabras del salmo 31: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu. Los encuentros con el Resucitado convencieron a los discípulos de que Dios a través de la muerte y resurrección de Jesús, había cumplido definitivamente su promesa de fidelidad. Pero tampoco a la primera comunidad cristiana les resultó fácil entonar el aleluya pascual. Los relatos pascales atestiguan que los discípulos tuvieron que hacer frente a dudas y preguntas. El relato de Emaús (Lc. 24, 13-35) refleja de modo especialmente impresionante el camino de fe que debieron recorrer los primeros discípulos. Refieren la decepción de los discípulos y su falta de fe en el testimonio de las mujeres, hasta que reconocieron a Jesús al partir el pan.

El camino de Emaús es el camino que debemos recorrer los cristianos. Las tribulaciones y tentaciones forman parte de la vida cristiana. Pero en toda situación, por muy apurada y sin salida que parezca, podemos estar seguros de que Dios se halla a nuestro lado, con nosotros y que todo concurre al bien de los que aman a Dios. Esta certeza articula una esperanza que no se agota en este mundo ni en esta vida, sino que se extiende más allá, hacia la vida eterna. Únicamente entonces serán enjugadas las lágrimas de todos los ojos. De esta esperanzada certeza deriva para las personas creyentes una serenidad interior. También en medio de la tristeza, la duda y el miedo permanece lo fuerte y resistente de la esperanza.

Pero en este camino necesitamos también el apoyo, el acompañamiento y la intercesión de otros cristianos y de la comunidad. Toda persona, creyente o no, necesita sobre todo en situaciones difíciles compasión, cercanía y ayuda humana. La esperanza cristiana arroja luz y confiere fuerza aquí y ahora. En este mundo no estamos sentados, por así decirlo, en la sala de espera para la vida eterna. La esperanza es una fuerza activa y activadora. La experiencia de la misericordia de Dios nos alienta y compromete a convertirnos en testigos de la misericordia y a abogar por la misericordia en nuestro mundo”.